

CAPITULO III.

El marques de Monserrate y el gran maestre de los caballeros templarios, se pararon á la salida del pabellon del rey, en que habian sido testigos de aquella extraña escena, y estuvieron contemplando el vasto círculo que formaban en torno de la tienda las guar-

días del rey, para que nadie se acercase ni turbase su reposo. Los soldados parecían tristes, abatidos y taciturnos, y con tal precaucion andaban, que aunque eran muchos, y todos estaban armados, no se dejaba oír el menor ruido de espada ni broquel. Al pasar por las filas aquellos dos magnates, los soldados inclinaron las armas, en señal de honor y reverencia, mas sin interrumpir el silencio que reinaba en todo aquel circuito.

— Gran mudanza se nota entre estos perros isleños, dijo el templario al de Monserrate, cuando se vió á alguna distancia de la tropa. ¡Qué tumulto y qué algazara solian haber antes en las cercenías de este pabellon! Los unos jugaban á la barra, los otros á los bolos; estos luchaban, aquellos entonaban trovas y apuraban tragos de vino, como si el campamento fuera una feria, y la tienda de su soberano una taberna de las muchas que hay á las orillas del Támesis.

— Los mastines son animales fieles, repuso el de Monserrate, y el rey su amo se ha grangeado su afecto permitiéndoles esos desaho-

gos y pasatiempos, que tan del gusto son de la gente de aquel pais.

— De buen humor está Ricardo, continuó el gran maestre, y no parece que ha hecho gran mella en su índole la enfermedad. ¿No tasteis aquel brindis al tomar la copa? Mas hubiera convenido en tales circunstancias encomendar el alma á Dios, y decir el *Miserere*.

— El último trago de su vida fuera aquel, dijo el de Monserrate, si Saladino fuera otra especie de Turco. Pero no todos los que llevan turbante y se vuelven á la Meca, cuando grita el Muzzein, son de la misma ralea. El soldan la echa de fiel, de honrado y generoso, como si fueran propias de un perro pagano las virtudes de un caballero que ha tenido la dicha de recibir las aguas del bautismo. ¿Sabeis las voces que por ahí corren? Que Saladino ha escrito á Ricardo pidiéndole que le dé la pescozada de caballero,

— Por san Bernardo, exclamó el del Templo, seria cosa de descalzar las espuelas, desceñir la espada y borrar nuestros timbres, si

se diera el mas alto honor de la cristiandad á un Turco de diez sueldos.

— En poco apreciáis al soldan de Egipto, dijo Conrado, aunque si ha de decirse la verdad, mejores los he visto yo vender por cuatro sueldos en la mazmorra.

Iban en esta conversacion cuando llegaron á sus caballos que habian quedado á cierta distancia de la tienda del rey, en manos de un vistoso y lucido acompañamiento de escuderos y pages. Conrado, despues de haberse detenido un poco: — El viento de la tarde, dijo, sopla benignamente, y refresca los aires. ¿No será mejor gozar de sus alitos, y dirigirnos á pie hácia nuestrs tiendas por medio de las líneas del campamento? Convinó en esta proposicion el gran maestre, y despedidos los caballos y acompñamiento, los dos diputados del consejo echaron á andar, alejándose, como por mutuo consentimiento de los puntos mas habitados, y encaminándose á la ancha esplanada que mediaba entre las tiendas y las defensas exteriores, donde podian hablar con mas des-

ahogo, y sin ser vistos de nadie, salvo de las centinelas.

Al principio conversaron de asuntos militares y de preparativos de defensa: mas estas materias no excitaban sobradamente su interes, y muy en breve las dejaron. Despues de haber dado algunos pasos en silencio, el marques se detuvo de pronto, como si hubiera formado una grave resolucion, y fijando por algnos momentos sus ojos en los cavilosos y hundidos del maestre: — Quisiera preguntaros, le dijo, reverendo Gil Amaury, si en esto no ofendo vuestro honor ni vuestra virtud, cuando llegará el dia en que os despojeis, para conmigo, de todo doblez y disimulo, y hablemos los dos como amigos, y segun suele decirse, con el corazon en las manos.

El templario miró al marques, se sonrió, y continuó andando.

— El doblez y el disimulo, dijo al fin, no solo se ocultan bajo un rostro ceñudo y desapacible: tambien suelen servirles de máscara la jovialidad y la sonrisa.

— Sea en buen hora, dijo el marques agarrándose la barba, y haciendo el ademan de quitarse una mascarilla; ya me teneis aquí como Dios me crió. ¿Qué pensais del éxito de esta cruzada, con respecto á los intereses de vuestra órden?

— Eso se llama, respondió el gran maestre, querer arrancar mi velo, y conservar el que os cubre: voy sin embargo á responderos con una parábola, que me refirió en cierta ocasion un santón de esos desiertos. Un labrador pedia lluvia á los cielos, y murmuraba cuando no caia bastante. Para castigar su impaciencia, Ala, como decia el santón, envió el Eufrates á sus sembrados, y de este modo perdió todo el fruto de sus sudores, consiguiendo aquello que con tanta ansia habia pedido.

— Verdad habló el musulman, dijo el marques, y ¡pluguiese al cielo que hubiera tragado el océano las nueve décimas partes del armamento de estos príncipes! Lo que quedase, bastaria para llevar adelante el propósito de los cristianos nobles de Pales-

tina, pobres restos del reino Latino de Jerusalem. Nosotros solo hubieramos salvado la nao de la borrasca, y con moderados auxilios de soldados y dinero, hubiéramos obligado á Saladino á darnos paz y proteccion en honrosos términos. Mas ahora los peligros con que le amenaza este enjambre de tercios y escuadrones, le obligarán á echar mano de los últimos recursos; y si escapa con vida y con trono, no es probable que nos deje en posesion de estos principados de Siria, ni que sufra estas ligas y pactos militares, de las que tanto descalabro ha recibido.

— ¡Y si lo contrario sucede! dijo el templario. ¡Y si esos aventureros logran al fin volver á plantar la cruz en los baluartes de Sion!

— ¿Y qué sacarán de ello la órden de los Templarios, y Conrado de Monserrate? preguntó este con prontitud y mal humor.

— Conrado de Monserrate, dijo el gran maestre, puede llegar á ser rey de Jerusalem.

— Cosas hay, dijo Conrado, que suenan mucho, y estan huecas. El reino de Jerusalem da mas honra que provecho, y bien hubiera podido Gofredo de Bouillon tomar la corona de espinas, por emblema de su dignidad. Os confieso, gran maestre, que voy cobrando aficion á estos gobiernos de Oriente, porque veo en ellos la verdadera y castiza monarquía, que no debe constar sino de rey y vasallos; pastor y rebaño que es lo mas natural y sencillo. Ved cuan intrincada y artificial es esta cadena de eslabones feudales. Por lo que á mí toca, mas quisiera empuñar con mano firme y suelta el baston de mí pobre marquesado, que el cetro de une vasta monarquía, sujeto y sometido á la voluntad de todos esos barones feudales, tan envidiosos y altivos, que han partido entre sí, como bolsa de caminante, la tierra de Jerusalem. Un rey debe proceder á sus anchas, sin tropezar aquí con un foso, y allí con una cerca; ora con un privilegio feudal, ora con un baron armado de pies á cabeza para defenderle. En una palabra, y

hablando sin rodeos, si Ricardo se recobra, y toma parte en la eleccion, Guido de Lusignan será el preferido, y yo me quedaré tan marques de Monserrate como ahora lo soy.

— Bastante habeis dicho, contestó el gran maestre, para convencerme de vuestra sinceridad. Otros muchos piensan como vos, mas pocos son los que se atreven á confesar francamente que no apetezen el restablecimiento del reino de Jerusalem, sino mas bien apoderarse de alguno de sus fragmentos. Son como el bárbaro isleño que salva la nao de la tormenta, para enriquecerse con los despojos de los náufragos.

— ¿Seréis capaz de venderme? preguntó el de Monserrate, mirando fijamente al gran maestre. Tened entendido que no acostumbro dar mi confianza al primero que se presenta, y que mis brazos estan siempre apercebidos á dar apoyo á mis intentos. Podeis oponeros, si asi os agrada, al que acabo de descubrirlos; mas yo no temo entrar en lid con el mejor caballero templario que puso jamas lanza en ristre.

— Violento sois, dijo el gran maestro, y precipitado en demasía; yo os juro sin embargo por el santo templo que mi orden ha jurado defender.

— ¿Cuál templo entendeis? preguntó Conrado, interrumpiendo al gran maestro, y dejándose llevar del humor satírico, que muchas veces tenía mas fuerza en él que la política y la discreción.

— ¿Jurais por el que está en las montañas de Sion, ó por ese otro edificio emblemático y simbólico, de que tanto hablais vosotros, segun por ahí dicen, en las secretas bóvedas donde os reunis en conciliábulo, y que no parece ser otra cosa que el engrandecimiento y prosperidad de vuestra santa y valiente orden?

El templario reprimió la cólera que estas palabras del marques engendraron en su corazón; pero recobrándose inmediatamente: —Cualquiera que sea, dijo, el templo á que mi juramento se refiere, es sagrado é inviolable. Holgárame de poder ligarte con alguno de tanta fuerza y valor.

— Y yo te juro verdad y confianza, dijo Conrado, por la corona de marques, que espero convertir, antes que estas guerras terminen, en otra de mas precio y autoridad, que en verdad es peso sobrado ligero para mis sienes, y la ducal me convendría mucho, y me guareceria mejor de estos huracanes y torbellinos que andan, aunque no tanto como la diadema real, con su forro de armiño y terciopelo. En una palabra, nuestros intereses son comunes; porque si estos príncipes aliados se apoderan de Jerusalem, y colocan en aquel trono un monarca de su eleccion, no creais, gran maestro, que mi marquesado quedará mas expuesto que vuestra orden á perder para siempre su independencia. No por cierto. Los orgullosos caballeros de San Juan irán á poner emplastos, y á curar heridas en los hospitales, y vosotros, poderosos y venerables caballeros del Templo, os reduciréis á vuestra simple condicion de soldados; á dormir tres en el mismo tablado, y á montar dos en el mismo caballo, como lo haciais en los primeros

tiempos de vuestra fundacion, segun lo manifiesta todavia el escudo de vuestras armas.

— Tarde será, dijo con altanería el gran maestre, cuando venga á tal abatimiento una órden que tantos privilegios, y tesoros, y timbres posee en el dia.

— De poco os aprovecharian esas ventajas, repuso Conrado de Monserrate; ellas son al contrario las que excitarian los recelos de estos soberanos: y las que los inducirian á humillaros y destruirus, como ya lo habrian hecho, á no ser por la proteccion que el santo padre os dispensa, y por la falta que harian vuestros socorros al ejército de la cruzada. Salgan triunfantes en su empeño, y seréis aniquilados, como la lanza que se rompe contra un broquel de acero.

— No carece de fundamento vuestro discurso, dijo el templario, pero ¿culáes serian nuestras comunes esperanzas si retirasen sus fuerzas los monarcas, y dejasen la Tierra Santa en manos de Saladino?

— Grandes y seguras, respondió el de

Monserrate. Saladino daria grandes provincias por tener á su devocion un cuerpo escogido de lanceros francos. Egipto y Persia enviarian tropas auxiliares, que, unidas á su caballería ligera, bastarian á asegurar la superioridad, en caso de guerra. Seriamos tributarios y dependientes, mas no por largo tiempo; porque los imperios de Oriente nacen y perecen, como los hongos en el bosque, y muerto el soldan, todo podria mudar de aspecto. Llegado este caso y fortalecidos nosotros con frecuentes refuerzos de arrojados caballeros; libres, en fin, de la tutela de estos monarcas, que tanta sombra nos hace y en tan humilde vasallage nos tiene, ¿ á qué no podriamos aspirar, y qué no podriamos emprender? ¿ Y no vale mas esta perspectiva que la degradacion y avasallamiento que nos aguarda, si logran lo que desean, y llegan á apoderarse de la santa ciudad?

— Decis bien, noble marques de Monserrate, dijo el gran maestre; mi corazon repite el eco de vuestras palabras. Cautela,

sobre todo : Felipe de Francia es tan cuerdo como animoso.

— Sí, por cierto, contestó el marques, y no será difícil arrancarle y distraerle de esta expedición, en que se ha empeñado temerariamente en un raptó de entusiasmo, ó por dar gusto á sus caballeros y nobles. Felipe mira con recelo á su natural enemigo Ricardo, y el campo de su ambición está mas cerca del Sena que del Jordan. Cualquiera pretexto le bastará para retirarse de esta escena, en que ya conoce que se está debilitando y consumiendo la flor de sus tropas.

— ¿Y el duque de Austria? preguntó el templario.

— Tocante al duque, respondió Conrado, su presunción y locura le conducirán al término que Felipe abrazará por política y sabiduría. Figurásele, y plegue á Dios no se desengañe, que está desairado y tratado con injusto menosprecio, porque los loores de Ricardo andan en bocas de todos, y aun hasta en las de los yuglares y músicos que

le han venido acompañando desde Viena. Por esto se huelga tanto en los males del rey de Inglaterra, como el asno de la fábula, que nunca osó mirar de frente al león, sino cuando le vió en las ansias de la muerte, y entonces le dió de coces. Os hablo con esta libertad y franqueza, solo para mostráros la sinceridad con que deseo que esta liga se disuelva, y quede libre el país de esas huestes del Norte, lo cual no parece tan remoto ni imposible, pues como sabeis y habeis visto, todos los príncipes de influjo y poder, excepto uno solo, están dispuestos á entrar en tratado con Saladino.

— Lo sé, dijo el gran maestre, y harto ciego sería él que no hubiera penetrado esas intenciones en las últimas pláticas del consejo. Mas ya que tocamos este punto, decidme qué significa la propuesta de enviar mensage á Saladino, por medio de ese Ingles, ó Escoces, ó lo que quiera que sea el del Leopardo.

— En eso hay mas de lo que parece, respondió el Italiano; bástale haber nacido

en Bretaña para poder penetrar las intenciones de Saladino, el cual sabe que es de los tercios de Ricardo, y es natural que lo crea adicto á su persona. Pero el del Leopardo es Escoces y en él se reunen ciertas circunstancias que me son conocidas, y por las cuales Ricardo le mira con malos ojos; por manera que no haya miedo vaya á confiarle, y sobre todo hallándose el rey enfermo, el encargo que se le ha conferido.

— ¡Sutil política por cierto! exclamó el templario; cuerdas mas sólidas que las telas tejidas por araña de Italia, son las que han de aprisionar al Sanson de la isla. ¿No estais viendo que ese enviado, que tan cautamente habeis escogido, es el mismo que trae á Ricardo un médico para que vigorice las lánguidas venas del Leon? Y si llega á erguirse de su postracion actual, ¿quién osará mirarle cara á cara? Le seguiremos como antes, amigo Conrado; la vergüenza nos volverá á poner bajo su yugo, por mas que prefiriésemos seguir al mismo Satanás.

— Si el Sarraceno sabe hacer milagros, repuso el de Monserrate, y logra que por medio de sus ensalmos recobre Ricardo la salud, no será difícil que cuando se levante esté rota la liga para siempre. El Frances y el Austriaco no estan lejos de desavenirse con su aliado el Ingles; y si esto se verifica, Ricardo podrá mandar sus tropas, empero nunca se pondrá á la frente de las de la cruzada.

— Sois buen ballestero, dijo el templario, pero el arco no es tan bueno como las intenciones.

Detúvose al decir estas palabras, écho una inquieta mirada en torno, para ver si alguien los oia, y tomando la mano del marques, y mirándole fijamente en el rostro: — ¡Ricardo, dijo, recobrar la salud!..... nunca.

El marques se paró atónito.— ¡Nunca! repitió. ¡Ricardo de Inglaterra! ¡El Corazon de Leon! ¡El caudillo de la cruzada!

— ¿Sabes lo que estoy viendo en tí en este momento? dijo el gran maestre; no ya

al político marques de Monserrate; no al que dirige el consejo de los príncipes, y decide la suerte de los imperios, sino á un aprendiz de nigromancia, que leyendo por acaso el libro de su maestro, pronuncia el conjuro, y queda aterrado cuando el espíritu aparece.

— En verdad, dijo Conrado, que si otro medio mas seguro no se presenta, el que has indicado es el que va mas derechamente á nuestro propósito; pero, por la vírgen María, pensemos en las consecuencias. Gil Amaury y Conrado de Monserrate van á ser la maldicion de toda la cristiandad, desde el papa hasta el mendigo que pordioseá á la puerta de la iglesia.

— Si así lo tomas, dijo el templario, sin alterar la compostura que habia observado durante aquella conversacion, haz cuenta que nada ha pasado entre los dos; que todo esto ha sido un sueño, y que al despertarnos, la vision se ha desvanecido.

— No se borrará jamas de mi memoria, dijo Conrado.

— Haces mal, repuso el templario, mejor es pensar en coronas ducales, y en diademas forradas de terciopelo y armiño.

— Está bien, dijo el de Monserrate, rompamos antes la amistad entre Austria é Inglaterra.

Separáronse al concluir estas palabras, y Conrado permaneció inmóvil, siguiendo con la vista los pasos del gran maestre, hasta que los pliegues de su blanco manto desaparecieron de un todo en las sombras de la noche. Conrado era soberbio, ambicioso, y nada escrupuloso en la eleccion de los medios que á sus intentos podian conducir. Pero al mismo tiempo, gustaba de pasatiempos y deleites, y, como todos aquellos en quienes estas aficiones dominan, miraba con horror que otros padeciesen por su causa, y la crueldad era repugnante á su índole: ademas de lo cual, tomaba muy á pechos todo lo que podia menoscabar su fama, y este esmero suele suplir la falta de las prendas generosas, que son las que verdaderamente sostienen la fama y la reputacion.

— En verdad, se dijo á sí mismo, fijos siempre los ojos en el sitio por donde el gran maestro se había retirado, en verdad, que he puesto en manos de Luzbel las armas de la venganza. ¡Quién hubiera pensado tamaño arrojado del ascético y piadoso maestro de los Templarios! Su elevacion y su prosperidad se hallan como anegadas y confundidas en la de su orden; y se atreve á mas por efecto de ojeriza, que yo por mi interes y adelanto. Yo no pensaba mas que en desunir, ¡y él quiere cortar!

Tales eran las meditaciones que vagaban en la incierta fantasía del marques de Monserrate, cuando interrumpió su mudo soliloquio una voz que oyó á corta distancia, y que en ecos pausados y penetrantes decia: « Acordaos del santo sepulcro. »

Esta breve y enfática exhortacion pasó de centinela en centinela, como era costumbre en los campamentos de los ejércitos de la cruzada, siendo su objeto que no se borrara de la memoria de los caballeros el propósito de su expedicion, y la empresa que habian

jurado llevar á cabo. Mas aunque Conrado estaba acostumbrado á aquella formalidad, en la ocasion presente de tal modo se adaptaba á sus reflexiones, que se le figuró oír un aviso del cielo, por cuyo medio la Providencia pronunciaba su anatema contra la iniquidad que estaba meditando. Miró ansiosamente en torno de sí, á guisa del patriarca de los pasados siglos, cuando buscó al carnero oculto entre las matas, para que sirviera de víctima al sacrificio. Mas el holocausto de Conrado no era dirigido al Ser supremo, sino al Moloc de su ambicion. El acaso le ofreció entonces á la vista el estandarte real de Inglaterra, cuyos anchos pliegues pausada y magestuosamente se movian á los leves impulsos del céfiro del ocaso. Estaba plantada aquella noble insignia casi en medio del campamento, sobre una elevacion hecha de mano de hombre, en la cual reposaban quizas los despojos mortales de algun caudillo hebreo. Mas si tal habia sido en efecto su primitivo destino, los tiempos habian borrado su memoria y su

nombre, y los cristianos le habian dado el de monte de San Jorge, porque el estandarte ingles estaba colocado en aquella elevacion, desde la venida de Ricardo, en símbolo de su preeminencia y superioridad, sobre los muchos pendones y banderas de reyes, duques y otros magnates, que se veian tremolados en los puntos inferiores del campamento.

Las mas leves casualidades suelen llevar graves pensamientos, é inspirar firmes resoluciones á los entendimientos vivos y á las almas ardientes. Aquella simple ojeada bastó para disipar del ánimo del marques las incertidumbres con que lidiaba. Encaminóse apresuradamente á su pabellon, y embargadas todas sus ideas por los designios que habia resuelto ejecutar, despidió á la numerosa servidumbre que aguardaba sus órdenes, y se retiró á su aposento, repitiendo en su interior que los medios mas suaves deben preceder á los mas desesperados y violentos.

— Mañana, dijo, me sentaré á la mesa

del archiduque de Austria: veamos lo que puede hacerse por su influjo, antes de adoptar las negras sugeriones del Templario.